

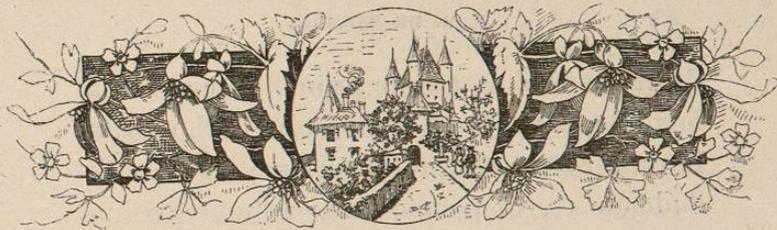
— Hombre, — replicó la sevillana, — sería un gusto como otro cualquiera: para mí todos son respetables. Pero, en fin, más vale que mintieran los síntomas; porque verdaderamente... no era de envidiar el gusto ese... Y á otra cosa: mañana no, porque estaré ocupada en casa, pero pasado mañana ¿podríamos dar otro paseíto en el yacht?...

— Ya sabe usted que está enteramente á sus órdenes.

— ¡Cómo me gusta eso, Leto!... Cada día más... Pero, hombre, ¿cuándo haremos una escapadita afuera?

— Pues la haremos un día que esté la mar á propósito y no vaya don Alejandro, que tras de marearse, no tiene los ánimos de usted.

Se quedó en ello y se habló algo de la partida campestre de la mañana y de los dibujos de Leto; hasta que se dió por terminada la tertulia, yéndose á cenar los de casa y á la calle los de fuera.



III

CARTAS CANTAN

QUERIDÍSIMA Virtudes: ¡Cómo me habrás puesto, allá á tus solas! ¡Qué cosas habrás pensado de mí! Al despedirme de ti en Sevilla, muchas promesas; y después, si te he visto no me acuerdo. No te lo digo porque sea verdad, sino porque imagino que lo dirás tú cuando me tienes en la memoria. Ni es verdad eso, ni siquiera de su casta... Es

decir, verdad es que te prometí escribirte á menudo, y verdad que no lo he hecho hasta hoy; pero no es verdad que me haya olvidado de ti, ni podría serlo aunque yo hubiera querido y tú te hubieras empeñado en ello también. Yo me acuerdo de ti todos los días y á todas horas: lo que hay es que con los mejores propósitos de escribirte «mañana» cada vez que apago la luz para dormirme, viene el diablo con una trampa de las tuyas en cuanto me despierto... y hasta la otra. Porque tú pensarás que en una soledad como la de Pelechés, hasta por recurso de distracción debiera ser yo muy diligente en escribirte; y que cuando no lo hago ni siquiera para entretener el fastidio que debe de estar consumiéndome, señal es de que no me acuerdo ni de la Virgen de tu nombre. Pues ahí está, Virtudes de mi alma, tu grandísima equivocación: en suponer que yo me aburro en esta soledad ni poco ni mucho, ni siquiera un solo instante. Lejos de aburrirme, son tantas las distracciones que tengo, que me falta tiempo para todo, hasta para escribirte; solamente me sobra para conocer mi pe-

cado y sentir sus mordeduras en la conciencia. ¡Esta sí que es la pura verdad!

»Hoy, no porque está el día lluvioso y no se puede salir, sino porque ya lo tenía decidido con toda resolución, te voy á consagrar la mañana entera, y aun la tarde, si fuere menester, para escribirte una carta que valga por todas las que te debo, y un poquito más á cuenta de las posibles faltas sucesivas; porque ya sabes que somos pecadoras y que caemos á cada paso, por mucho cuidado que pongamos al andar.

»Pues verás tú, Virtudes, lo que pasa: yo sabía lo que era Pelechés por lo que le había oído á papá: un lugar muy alto y despejado, y en lo más llano de él, nuestra casa, la única casa en todo Pelechés, con grandes vistas á la mar y hermosos campos por los otros lados: lo que á mí me gusta sobre todas las cosas del mundo, como tú sabes muy bien; pero, amiga de mi alma, ¡qué diferencia de lo pintado á lo vivo! Maravillada me quedé al ver con mis propios ojos el incomparable panorama que papá me fué enseñando desde los balcones de esta casa al día siguiente de llegar, de

noche y oscura como boca de lobo; de manera que todo cuanto iba viendo aquella madrugada, era nuevo para mí. ¡Qué mar! ¡qué montes! ¡qué vega! ¡qué puerto! No me cansaba de contemplarlo, ni me canso hoy, ni me cansaría jamás, aunque me pasara la vida contemplándolo.

»Por aquí, no me había engañado la ilusión: para pintar, para pasearme por mar y por tierra; para sentir, para soñar... para todo y mucho más, daba lo que tenía delante. Pero, amiga, quién te dice que, á lo mejor de mis entusiasmos, ahí viene la etiqueta de las gentes villavejanas... ¿Te he hablado algo de Villavieja?... Espérate que repase lo escrito... No... Pues Villavieja es el pueblo, la villa á que corresponde el sitio de Pelechés: Pelechés en lo más alto, y Villavieja en lo más bajo, pero casi unidos por una calle muy mala y un paseo regular. Villavieja es un poblachón negro y antiguo, sucio y desmantelado, con mucha gente desocupada, unos señores muy raros, unas señoritas muy cursis y otras muy estafalarias. También hay personas muy apreciables; pero pocas. Pues á

lo que iba: sin darnos tiempo para sacudirnos el polvo del camino ¡zas! una nube de



visitas; y en seguida otra... ¡Ay, Virtudes de mi corazón! ¡qué fatigas aquellas... y

qué tipos de señoritas, y de señoras... y aun de señores! De lo que hicieron y dijeron y las galas que traían, no te quiero hablar aquí, porque no puedo: es materia demasiado larga; y además, para que la pintura resulte fiel, hay que remedar voces y movimientos, gesticulaciones y otras cosas muy importantes. Quédese todo ello para pintado al natural cuando nos veamos, y contentate con saber ahora que cuando me vi enredada entre tanta visita y con la obligación de pagarlas una á una, y hasta con ciertas amenazas sordas de festivales solemnes y de reuniones particulares, me espanté como si toda la mar y toda la villa, hecha escombros, se me vinieran encima. Pero me tranquilizaron papá y unos señores muy buenos que andan aquí con nosotros, asegurándome que aquello pasaría en media semana, y que en otra media quedaría pagado en lo que valía.

»Y así sucedió afortunadamente. Hecha nuestra última visita, vivimos libres é independientes como el aire que respiramos en estas alturas; y tan ocupadas tenemos las horas, que, según te dije al principio,

hasta para escribirte me ha faltado tiempo; y verás como no hay exageración en lo que te digo. Sabes que tengo la pasión del campo, la pasión de la mar, la manía de andar mucho, y el vicio de embadurnar lienzos y papeles, por no decirte que tengo el vicio de pintar; pues para saborear y dar fomento á estos vicios y pasiones, hay aquí no solamente los medios abundantes que ofrece la Naturaleza, sino ciertos recursos accesorios, pero de grandísima importancia, que me ha proporcionado la casualidad. Hay, por ejemplo, quien conoce este paisaje senda á senda y palmo á palmo, y tiene, como yo, el vicio de andar por él; hay quien pinta y dibuja admirablemente; hay un barquito de paseo, un balandro... un yacht primoroso que está á mi disposición, y quien le gobierna con una destreza y una serenidad, que te pasmarían... hasta hay, por haber de todo, quien oiga con corazón de artista algo de lo que yo toco al piano, y aun cante, con hermosa voz, parte de ello, acompañado por mí. Con esto no podía contar yo, racionalmente, al venir á Villavieja; y mucho menos con que el incan-

sable guía, el andarín entusiasta de la Naturaleza, y el pintor y el diestro piloto, y el dueño del hermoso yacht, y el aficionado á la buena música, estuvieran reunidos en una sola persona, un mozo que no pasará de veintiocho años. Pásmate ahora más: este mozo es farmacéutico; y ¡pásmate más, todavía! se llama Leto de nombre y Pérez de apellido; es decir, Leto Pérez, boticario de Villavieja, como le pondrán en los sobres de las cartas. ¿No parece mentira?... También nos acompaña mucho, casi tanto como él, un señor de muy buena sombra, don Claudio Fuertes y León, comandante retirado y administrador y apoderado de papá aquí. Pero éste, aunque es muy bueno, y fino y cariñoso, y con caídas deliciosas, es ya un señor mayor, y además, con un miedo á los paseos marítimos, que nos hace morir de risa. Figúrate que él es de Astorga... A estos dos sujetos y á don Adrián el boticario, padre de Leto (un viejecillo todo negro de arriba abajo, menos la cabeza que es gris, y la carita trigueña, muy bueno, ¡buenísimo!) que nos acompaña un rato hasta la hora de

cenar, está reducida nuestra sociedad en Peleches. Pues con ella sola y lo que Dios ha esparcido con tanta abundancia y hermosura alrededor de este «solar de mis mayores», como dice papá, resultan maravillas de placer... Por supuesto que á ti que te espanta la soledad, y te entristece el ruido de las arboledas, y te hechiza el de la calle, y te embriaga el vaho de los salones, ha de parecerte inconcebible lo que te afirmo; pero te advierto que no trato de que me envidies, sino de que sepas lo que me pasa. Recuerda, para que te cueste menos trabajo creerme, en cuántas cosas he andado yo al revés de las demás. Por ejemplo (y te le cito porque me le has citado tú bien á menudo, como de lo más asombroso de mis rarezas): yo entré en el colegio, por gusto mío tanto ó más que de mi padre, á la edad en que algunas colegialas dejan ya de serlo; y todo el afán que tuviste tú, y de ordinario se tiene entre *vosotras*, por vestirse *de largo*, le tuve yo por continuar vestida de corto, y si no de corto precisamente (porque á ciertas alturas de la vida hubiera sido eso una ridiculez además de una grande inconve-

niencia), de *entre día y noche* siquiera, á modo de crepúsculo indeciso, que no te obliga á nada y en cambio te deja libre entre la muchedumbre anónima, con los sentidos muy espabilados: vamos, una ganga para verlo todo sin ser vista de nadie. Así fué que cuando por primera vez me vestí de señorita *disponible*, ya estabas tú de vuelta buen rato hacía. De las cosas del mundo *por dentro*, no conozco sino lo que vosotras me habéis contado, otro poquito más que he atisbado por las rendijas *al pasar*, principalmente con mis Mary, aquella institutriz inglesa que despidió papá de muy buena gana al entrar yo en el colegio, y había tomado un año antes; lo poco que he aprendido con el trato de las amistades de casa, y lo que se ve ó se trasluce en las páginas de algunos libros y entre renglones de otros. Con estos antecedentes á la vista y lo que sabes de mis gustos é inclinaciones, ¿podrá chocarte lo más mínimo que con los enumerados elementos de diversión que hay en Peleches, y á ti te matarían de pesadumbre, me pase yo las horas sin sentir las?

» Mis contrariedades correspondientes llegué á temer dentro de ello, no te creas, y aun empecé á sentir las un poco, porque los amigos no son de hierro, y papá no está ya, por falta de costumbre, para abusar de ciertas valentías; pero todo se fué venciendo con la mayor facilidad y hasta con ventajas para mí; pues me he avezado á andar sola cuando no tengo quién me acompañe por estos despejados alrededores, y sola voy también con Leto en su yacht, cuando papá no se encuentra de humor para venirse con nosotros. Esto de *sola* con Leto, no lo tomes al pie de la letra; porque Leto siempre va acompañado de su marinero, un tal *Cornias*, un tipo muy original y muy simpático, aunque es bizco de los dos ojos. Por de contado que esta tercera persona indispensable en el barco para ayudar en la maniobra á su piloto, maldita la falta haría allí para otra cosa, sino por el bien parecer; y si tú conocieras á Leto como le conozco yo, pensarías de la misma manera. Le creo capaz de las más heroicas abnegaciones. No te rías; porque te juro que es de lo más singular que se ha visto

este sujeto. Primeramente es un gran mozo, no por la talla, que no pasa de la regular, ni por lo aparatoso ni relumbrante, sino por lo varonil y lo que puede llamarse *bien hecho* de pies á cabeza; guapo, muy guapo, de hermosos ojos, preciosa barba, pelo abundante, cutis algo tomado por el sol y el aire, pero jugoso... de hombre sano... en fin, un hombre, lo que se llama un hombre en toda regla. Esto es lo primero que se echa de ver en Leto Pérez... si él no sabe que se le mira; porque si lo sabe, ya es otro. Y esta es una de las singularidades de este chico: se empeña (ó mejor dicho, se empeñaba, porque últimamente ya no se empeña tanto) en que es una persona enteramente insignificante en hechos, en dichos y en pensamientos; y esta idea le amilana, le acoquina... vamos, hasta le desgonza. No puede llevarse á mayor extremo la modestia, de todo corazón. Te he dicho que dibuja y pinta acuarelas admirablemente; pues ha sido preciso que se lo afirme yo con insistencia, para que llegue á creerlo un poco y se atreva á dibujar ó á pintar delante de nosotros. Algo parecido sucede con

lo poco que canta, con una hermosa voz de barítono; y otro tanto con su conversación: ya no se corta delante de mí... ¡y si vieras qué bien habla y con qué expresión tan interesante, cuando se deja ir confiado en sus propias fuerzas! Al principio era delicioso hablando conmigo: aunque en la mirada inteligente se le conocía que no ignoraba dónde estaba la salida de su apuro, siempre salía por lo peor y lo más desairado. Tan atolondrado se ponía. ¡Y qué manera tan deliciosa tenía á veces de enmendar lo que él llamaba sus gansadas! Te asombrarías de lo candoroso y noblote que es, si te contara el caso de cierto clavel que á mí se me cayó de la boca y recogió él del suelo; cómo le volvió á tirar, porque ya no me servía; cómo y cuándo y de qué manera tan original volvió á buscarle y le guardó como oro en paño, y cómo llegué yo á descubrirlo todo. Por supuesto que no me di por ofendida con la inocentada; ni había motivos para ello. Esto le alentó algo; y puede decirse que desde entonces data la relativa serenidad con que se conduce delante de nosotros.

»Pero donde hay que verle es en su balandro primoroso, regalo de un inglés espléndido que vivió en Villavieja dos años, y llegó á entusiasmarse con las raras prendas de este chico. ¡Allí sí que es otro hombre, Virtudes! Allí no conoce á nadie, ni se intimida por nada. Él es señor y rey de la escena y del escenario. Lo mismo que el jinete con su caballo brioso, parece que se identifica él en la mar con el esbelto barquichuelo que la domina. Allí es Leto, en cuerpo y alma, en pleno señorío de sí mismo y tal como Dios quiso que fuera. No se temen peligros á su lado; y viéndole sonreír, con la noble é inteligente mirada puesta en todo, me dejaría llevar en aquella cáscara de nuez hasta los confines del mundo sin el menor recelo...

»Y hagamos un alto aquí, porque me asalta de repente una sospecha reparando en el calor de lo que dejo escrito sobre el hijo del boticario de Villavieja, y recordando lo maliciosa que eres tú. Aunque no lo fueras, te reconocería cierto derecho ahora para dudar del desinterés de mis elogios; porque yo misma, con ser como

soy, cuando he visto en algún libro entretenerse á la heroína en semejantes ponderaciones de un galán circunvecino, al punto me he dicho: «cogidita te tengo, clavadita me estás». Ya ves si soy franca, Virtudes. Pues te equivocarías si tal pensaras de mí con relación á este mozo, por lo mucho que te le ensalzo. Ni barruntos hay siquiera de lo que pudieras presumir, ni trazas de que á él le haya pasado por las mientes la menor idea de esa especie, ni razón para que pase tampoco por las mías... Empiezo á vivir ahora, acabo de salir, como quien dice, del nido, con hambre de libertad y de espacio en que gozarla sin estorbos; ¡y había de...? ¡qué locura, Virtudes! Simpatía profunda; estimación grandísima; amistad sincera, eso sí, porque todo se lo merece... Lo positivo, lo cierto, es que si se me preguntara hoy por quien tuviera en su voluntad el don de arreglar las cosas al capricho de la mía, qué es lo que más ambiciono, respondería sin titubear y con el corazón en la lengua: «que no tenga fin esta vida que ahora traigo». Y nada más ni nada menos, Virtudes; créasme ó no me creas.

»Y vamos á otra cosa. Mi primo Nacho debe de estar aquí dentro de quince ó veinte días: nos ha escrito ya su llegada á Inglaterra. Con este motivo le hemos arreglado su gabinete del mejor modo que nos ha sido posible con los pocos recursos que hay á mano. Yo creo que ha quedado muy bien; pero á papá todo le parece poco para ese sobrino...

»Como él es tan menudito de formas y parece, por el estilo de sus cartas, la misma languidez en carne y hueso, me temo mucho que no sirva maldita la cosa para la vida que hacemos aquí. Si resulta esto verdad, y por miramientos de cortesía tenemos que acomodarnos nosotros á su modo de andar... ¡entonces sí que me voy á divertir! Hoy por hoy, me apuran un poco estas dudas. Esto no es decirte que sienta la venida de mi primo; pero si me dijera que por su gusto renunciaba á venir, ó que lo aplazaba hasta el otro verano, puede que me alegrara la noticia. ¿Me quieres más franca?

»Pienso comenzar muy pronto una larga tanda de baños de ola: no porque los nece-

site, sino por probar de todo lo bueno que hay aquí; y la playa esta es de las mejores del mundo, en opinión de los villavejanos que no la usan nunca para eso... ni para cosa alguna.

»Se espera dentro de unos días la llegada de *El Atlante*, un vaporcillo costero, el único barco que entra en este puerto y da que hacer á su aduana. Viene cada seis ú ocho meses á cargar el carbón de piedra que se ha ido acopiando en una mina de ello que tiene un sujeto de aquí. Dicen que la entrada de ese vapor es siempre un acontecimiento en Villavieja, y la única ocasión en que se ven villavejanos en el muelle y sus inmediaciones. Es curioso, ¿verdad? Por eso te lo cuento, y también porque no tengo cosa mejor que contarte, por ahora.

»Con motivo tan poderoso y la promesa formal de ser más diligente para escribirte en lo sucesivo, termino aquí esta carta ofreciéndote su extensión y las franquezas de que va henchida, como ejemplos que estás obligada á imitar cuando me contestes; sobre todo el de la franqueza. Con ella y el acopio que habrá *en casa*, ¿qué mejor